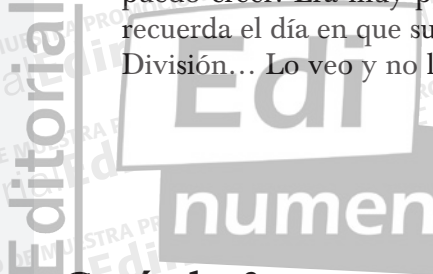


– ¡Qué imaginación! ¡Qué memoria! ¡No me lo puedo creer! Era muy pequeño..., y parece que recuerda el día en que su equipo subió a Primera División... Lo veo y no lo creo... ¡Qué sorpresa!



Capítulo 3

Los guardianes

*Llevo muchos años transportando viajeros por entre las callejuelas y los edificios de Menina y he podido vivir muchas aventuras, agradables unas, desagradables otras. Sin embargo, todos los días espero con entusiasmo la llegada de Manolo, que es como se llama el conductor encargado de llevarme a mí y a los pasajeros por los lugares más típicos de Menina, el momento en que mete la llave en el contacto, le da media vuelta, pisa el acelerador y salimos a toda velocidad del garaje donde, cuando llega la noche, me protejo del intenso frío invernal o descanso después de una larga jornada laboral. Allí mis cuidadores repasan con dulzura todo mi **mecanismo** buscando algún inesperado e inoportuno problema. Ellos son los responsables de mi presencia aquí, y del aspecto que tengo. Por eso confío en su trabajo, sé que van a cuidarme de forma especial. Yo formo parte de sus vidas igual que ellos representan algo especial para mí.*

*Desgraciadamente, no siempre fue así para mí. Hace tiempo, yo, como todos mis **colegas**, cumplía con la labor de trasladar gente, animales y objetos de una ciudad a otra, o dentro de la misma ciudad. Sin embargo, llegó un día en que decidieron que debía dejar de circular por las calles porque era demasiado viejo y mis piezas estaban demasiado gastadas para seguir trabajando. Así que, sin saber cómo ni por qué,*

mecanismo: conjunto de piezas que hacen funcionar un aparato o una máquina.

colegas: compañero de profesión.

me encontré, de repente, rodeado de muchos y diferentes vehículos que habían ido a parar, como yo, a aquel horrible y triste lugar.

Allí conocí a Rápido, a Tortuga, a Simpático, a Dieciséis Ruedas y a Ruso, lo llamaban de ese modo porque toda su vida hizo viajes desde su ciudad hasta Moscú llevando curiosos para conocer esas tierras lejanas. Había muchos más pero es imposible recordarlos a todos... ¡Hace tanto tiempo!

Pequeños, medianos, grandes y muy grandes eran los tamaños de mis compañeros que estaban en aquel odioso lugar. Unos por culpa de su avanzada edad, otros porque sus dueños se cansaron de ellos y decidieron cambiarlos por otros más modernos; muchos por exceso de velocidad, distracciones, alcohol o infracciones de tráfico, es decir, imprudencias de los seres humanos que los conducían. Todos tenían sus historias.

*En el mismo recinto, pero separados de nosotros, había otro numeroso grupo de compañeros mucho más afortunados ya que, como ellos decían y más tarde comprobamos, su estancia allí era cuestión de horas. Según comentaban, procedían de las **capturas** hechas por los encargados de mantener el orden y el buen desarrollo de la circulación por las calles de la ciudad. No sé muy bien por qué, pero lo que sí sé es que cuando el propietario de alguno de los privilegiados se acercaba hasta aquel lugar lleno de hierros retorcidos, estructuras manchadas por el paso del tiempo y la humedad, siempre se producía el mismo **ritual**. Los encargados de vigilarnos invitaban al hombre o a la mujer a entrar en el interior de una habitación sucia y desordenada, con unas rejas muy gruesas, cerradas con un sistema automático, como en las películas de terror, que hacían de ella lo más parecido a una cárcel. Una vez cumplidos los trámites de identificación oportunos la persona se sentaba en una sucia silla de madera donde esperaba la llegada de alguno de los empleados.*

capturas: apoderarse de algo o de alguien.

ritual: conjunto de reglas establecidas.

funcionario: persona que trabaja para la Administración Pública.

barro: mezcla de agua y tierra que se forma en el suelo cuando llueve.

recinto: aquí, lugar.

cuadrilátero: espacio con cuatro lados limitado por cuerdas y con suelo de lona donde se celebran peleas.

multa: pagar dinero por hacer algo prohibido por las leyes.

Después de esperar en la oscura y sucia sala de los funcionarios, de discutir acerca de porqué llevaron hasta allí su vehículo, de soportar gritos y malas formas, hombre o mujer y vehículo eran autorizados a abandonar el lugar. Pero antes de irse dejaban unos cuantos billetes que, al acabar el día, los funcionarios encargados de vigilarnos se repartían. Algunos vehículos, sin embargo, nunca llegaban a salir de allí ya que sus dueños no podían pagar la cantidad de dinero que reclamaban aquellos serios e inexpresivos funcionarios, que a veces hasta parecían mudos.

Dos eran los vigilantes que día y noche cuidaban de nuestra seguridad. Estaban, además, acompañados por un enorme, feo y viejo perro que se divertía orinando sobre la estructura de cualquiera de los que allí estábamos y además mordía y rompía todo aquello que se cruzaba en su camino. Dormía en el interior de nuestros cuerpos acomodado sobre el primer asiento que encontraba sin tener en cuenta si sus patas estaban o no sucias del barro que a menudo se formaba en el patio por donde él caminaba. Su cabeza era inmensa, semejante a la de uno de esos personajes que, según he oído comentar a Manolo, aparecen en las películas de extraterrestres.

Su cabeza tenía en la parte más alta dos puntiagudas tarata atentas a cualquier ruido del recinto. Su nariz podría decirse que era prestada. Se parecía a la de esos personajes que se dedican, por dinero y qué sé yo, a pelearse encima de un cuadrilátero rodeado por unas cuerdas que evitan que puedan caerse del escenario preparado para su actuación. Su boca, cerrada casi siempre, dejaba a la vista, cuando la abría para devorar la abundante comida que sus cuidadores le daban, unos dientes afilados y desafiantes preparados para morder. En una ocasión mordió en un brazo a uno de los sumisos propietarios que vino hasta aquí a recuperar su compañero de carreras y no quería pagar la multa por recupe-

rarlo. A ambos lados de su boca caían unos enormes labios que servían como protección de tan imponente dentadura. Cuando se ponía a comer o a beber todos temblábamos: introducía sus labios en el recipiente, comía, bebía y cuando el animalito terminaba con su labor aparecían alrededor de su gran boca, trozos de comida, o gotas de agua sobrante, que después de una violenta sacudida de su cabezota, repartía a todos aquellos que nos encontrábamos cerca de él.

Su cuerpo, pero especialmente su cara, era la prueba de las múltiples batallas que tuvo que superar en su perra vida. Una de aquellas batallas fue con **Conan**, que es como se llamaba el rotwailer que un día se cruzó en el camino de Látigo, así se llamaba nuestro perro, y tras una dura y cruel batalla, abandonó a nuestro perro vigilante, dejando la huella de su paso en la cara de Látigo. Nunca más volvimos a ver a Conan.

El color de Látigo era una mezcla de ceniza y marrón. En sus lomos viajaban y vivían diminutos animales que se aprovechaban de la suciedad de este vagabundo. No es extraño el estado de suciedad y abandono del monstruoso perro, si tenemos en cuenta que sus cuidadores no presentaban un grado de limpieza mucho mayor que el de nuestro **guardián**. Cuando, después de un día lluvioso, salía a dar un paseo por las instalaciones y se tumbaba en el suelo en medio de los **charcos**, su color y el del barro se confundían, y así podía sorprender y atacar a cualquier intruso.

De los dos encargados de controlar los movimientos en el interior de esta jungla de hierros, cristales, baterías, ruedas, motores de diferentes vehículos, etc., uno de ellos era muy alto y muy delgado, tanto que a través de su uniforme oficial podían adivinarse y contarse cada uno de los huesos de su **esqueleto**. El peso del arma que llevaba en el cinturón que, además, le servía para sujetarse los pantalones le obligaba a inclinarse siempre hacia el lado derecho. Sus brazos eran lar-

Conan: nombre de un personaje de cómic, un bárbaro de Cimeria.

guardián: persona encargada de guardar algo o a alguien.

charcos: concentración de agua u otro líquido que queda detenida en la tierra.

esqueleto: conjunto de huesos que forman el cuerpo humano.

gos y delgados terminando en unas grandes manos que, a menudo, iban metidas en el pantalón gris del traje de trabajo. Sus grandes pies, calzados con unas impresionantes botas, recordaban a uno de esos gigantes de los cuentos fantásticos que destruyen todo lo que encuentran en su camino con sólo ponerle el pie encima.

Pero era, sin duda, la cabeza, la parte del cuerpo a la que todos teníamos más miedo, siempre pensaba cómo perjudicar a alguien. Su parecido con Látigo era impresionante. ¡Tal vez tuvieron los mismos antepasados! Eso no podía ser, claro, porque no se conocen casos de hombres y perros con los mismos abuelos, pero lo parecía. Su cabeza, tenía unos cuantos pelos en la parte más alta. Esa era la razón por la cual la cubría con una negra gorra que acumulaba toda la suciedad que había podido conseguir en muchos años de viajar en la cabeza de Tarta, nombre que tenía el vigilante. Otros decían que siempre llevaba la gorra porque tenía bordado el escudo de no sé que club de fútbol por el cual estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

maldad: cualidad de malo.

encadenar: unir o ligar.

mirada perdida en el espacio: sin lugar fijo donde mirar.

Lo peor, sin embargo, de Tarta era su **maldad**. Todo lo que hacía lo hacía pensando en perjudicar a todo el mundo. Nadie ni nada le importaban. En una ocasión mandó retirar el coche de su hermano de las calles de Menina porque lo llamó a su casa por teléfono y éste no le contestó. También tenía un problema a la hora de **encadenar** las palabras y eso hacía muy difícil mantener una conversación con él porque siempre intentaban ayudarle a terminar las frases. Eso le ponía muy nervioso y de mal humor por lo que era más fácil escucharle atentamente aguantando la risa o la rabia. En esos momentos sus ojos se quedaban en blanco, **su mirada se perdía en el espacio**, con lo que quedaba la duda de con quién hablaba en cada momento. Entonces el problema crecía y sus palabras se convertían en sonidos que recordaban el sonido de las ametralladoras.

Bonanza: nombre de un personaje de una serie de televisión del oeste de los años 70.

GILI: Gilera, marca de motocicletas.

dar por perdida la batalla: abandonar la idea de hacer algo.

arisco: el que se comporta desagradablemente con las personas con las que se relaciona.

El otro guardia era todo lo contrario. Sólo el tamaño y el volumen de su cabeza le hacía parecerse a su compañero. Papá Bonanza, que así le llamaban, tenía hombros anchos sobre los que descansaba su rubia cabeza, un pequeño y musculoso cuerpo que recordaba su época de deportista. Sus fuertes y redondos brazos, y sus gruesas y arqueadas piernas, hacían de él un personaje especial que fácilmente recordaba a uno de esos guardaespaldas contratado por políticos, actrices y hombres de negocios. Su pasión eran las motocicletas y esa pasión podía quizás justificar su trabajo en aquel lugar. Siempre llegaba al trabajo montado en una GILI de 1000 centímetros cúbicos, con un traje de cuero que llevaba en la espalda un dibujo de tiburón y un casco que cubría su gran cabeza. Los más antiguos alegan que consiguió su moto de forma poco legal ya que le puso una multa muy alta a su antiguo propietario y este no tenía dinero para pagarla. Después de muchos e inútiles intentos, su antiguo dueño dio la batalla por perdida y la motocicleta pasó a ser propiedad de Papá Bonanza.

Nunca tenía prisa por nada. Se pasaba los días paseando por entre los grupos de motos que, amontonadas, esperaban la llegada de su dueño o, al final, ser comidas por la Tragona, que era una de las máquinas destinadas a reducir cualquier cosa a un simple paquetito. Era un hombre solitario, arisco e insociable. Su mundo empezaba y terminaba en las dos ruedas de su moto, más allá no había nada.

— No me lo puedo creer. Los dos guardianes, Tarta y Papá Bonanza, tienen el mismo aspecto que el director y el profesor de matemáticas de su instituto. Este crío... ¿Y el perro? Es igualito que el rotwailer del vecino que tanto miedo le da.

